

# ASPECTOS DEL GENERAL SANTANDER DURANTE SU PERMANENCIA EN LOS LLANOS



PILAR MORENO DE ÁNGEL  
VICEPRESIDENTA DE LA ACADEMIA  
COLOMBIANA DE HISTORIA

Deseo expresar al doctor Rafael Mojica García, Rector de la Corporación Universitaria del Meta y a los directivos de la Universidad mi gratitud al invitarme a hablar en las conferencias de reinauguración del Aula Máxima de la Corporación.

Para este solemne acto he escogido el tema “Aspectos del General Santander durante su permanencia en los Llanos”.

Uno de los contemporáneos del General Francisco de Paula Santander nos dejó una valiosa descripción del “Hombre de las Leyes”. Salvador Camacho y Naranjo, bautizado el 4 de Junio de 1791 en la población de Chire, en el actual Departamento de Casanare, escribió: “incontestablemente, el General Santander era y ha sido el primer orador Colombiano. Presencia arrogante, aire de mando, voz clara y sonora, ademán lleno de seguridad, profunda versación de los negocios y conocimiento de las necesidades, recursos y aspiraciones del país; su palabra era oída siempre con profunda atención. Su entonación era, en lo general, grave y solemne, sus conceptos mesurados, y tan solo en ocasiones de viva emoción y contestando a ultrajes inmerecidos, salían de sus labios palabras apasionadas. Era de estatura más que mediana, de complexión robusta, con alguna tendencia a la gordura. Sus facciones regulares y bien proporcionadas, porte y manera de caminar desembarazado, de suerte que se le reputaba lo que regularmente se llama buen mozo. Tenía el cabello y los ojos negros; el bigote que en su juventud había sido castaño (1821), era negro ya, la coloración algo morena, como si en su familia hubiese habido alguna mezcla de sangre indígena. Sus maneras eran muy corteses con esa dignidad que comunica el ejercicio del poder supremo durante largos años.

Gustábale familiarizarse con la gente y conocer la corriente de la opinión pública, ya fuese paseando todas las tardes en el atrio de la Catedral, ya concurriendo a alguna de las tertulias de las tiendas de la calle del comercio. Se le profesaba gran respeto, de suerte que los corrillos de cachacos se abrían en dos hileras a su paso. Concurría infaliblemente a los exámenes de los colegios y las escuelas públicas, y repartía premios a los alumnos más aprovechados. Asistía el jueves de Corpus y el jueves y viernes santo a las funciones religiosas, vestido de grande uniforme. En los días de trabajo buscaba dar ejemplo de sencillez, y recuerdo hasta haberle visto alguna vez con pantalones de manta del Socorro, muy fina eso sí”.

Veamos como llegó el futuro “Hombre de las Leyes” a los Llanos en 1816.

Al empuje de las tropas realistas, al mando del Brigadier Miguel de la Torre, los restos del ejército patriota, al mando del General Manuel Roergas de Serviez y de su segundo el Coronel Francisco de Paula Santander emprendieron, en mayo de 1.816, desde la Sabana de Bogotá, una estratégica retirada hacia las llanuras orientales, salvando así los restos del ejército de la República de la Nueva Granada.

La retirada militar emprendida por Serviez y Santander terminó cuando los restos del ejército granadino, 56 infantes y 150 jinetes, lograron reunirse con las fuerzas al mando del General Rafael Urdaneta, el primero de Julio de 1.816, en la localidad de Chire. Con esta estratégica retirada, el General Manuel de Serviez había logrado salvar las figuras más valiosas militarmente para la revolución de independencia.

Por lo demás es necesario aclarar que tres grupos patriotas independientes entre sí obraban en los Llanos. Una columna era dirigida por el Coronel venezolano Miguel Valdés, Comandante General de las tropas de Casanare o ejército de oriente, cuyo centro de operaciones principal estaba localizado en Guasualito. El segundo grupo estaba comandado por el Coronel casanareño

Nepomuceno Moreno, gobernador de Casanare, y el tercero era aquel que estaba dirigido por el General venezolano Rafael Urdaneta. Como se ha dicho, a este último grupo se habían unido los restos de las tropas granadinas comandadas por Serviez y donde había llegado también Francisco de Paula Santander en calidad de segundo Jefe.

En mi biografía del General José María Córdoba, quien iba en la columna comandada por Serviez y Santander, anoté sobre los llanos: este vasto territorio había sido defendido celosamente por España durante la época colonial. Muy pocos extranjeros habían visitado estas regiones. Uno de ellos, el Barón Humboldt había escrito: “hasta la segunda mitad del siglo XVIII los nombres de los grandes ríos Apure, Payará, Arauca y Meta eran apenas conocidos en Europa”.

Los dueños de las llanuras habían sido los misioneros, jesuitas, franciscanos y capuchinos, quienes habían poseído sus haciendas particulares, en amplias extensiones. Con los primitivos habitantes, los Caribes guerreros valientes y atrevidos, se habían mezclado los esclavos huidos de las plantaciones, y los blancos criollos y españoles, que habían pensado hacer fortuna por medio de la ganadería.

En estas regiones sólo se presentaban, y existían todavía, dos estaciones de inmenso contraste: la húmeda y la seca. Durante la época de las lluvias los grandes ríos de desbordaban convirtiendo la sabana en un mar imposible de cruzar. Para salvar el ganado los llaneros recorrían grandes distancias en busca de pastos y se aislaban por meses en los sitios altos de las llanuras en las noches encendían hogueras para ahuyentar a los animales salvajes. Temían el invierno, pues era la época en que se veían atacados por las fiebres malignas y los acometían las furias de las grandes tempestades.

Durante la sequía, el sol caldeaba la tierra y ésta se ponía ardiendo, el suelo se agrietaba y se volvía árido. El polvo se levantaba al paso del ganado que iba en busca de pastos y de agua. Los caños se secaban y más parecían una tierra hecha para pumas y serpientes que para seres racionales. Como única vegetación quedaban unos manojos compactos y pajizos



no se era baquiano, la inmensidad se tragaba a los hombres, que de no tropezar con algún morichal morían de sed girando en un paisaje siempre igual, sin ningún punto de referencia.

Este medio duro marcó el carácter del llanero y lo hizo arisco, fuerte y salvaje. La inmensidad le transmitió su independencia total. La amplitud del horizonte aguzó sus sentidos. Cazó tigres con su lanza y se batió a cuchillo con caimanes en el río. Desde niño domeñó los potros salvajes, con la sola ayuda de su rejo. Su caballo no necesitó de silla, ni de herradura. Andaba descalzo usaba una camisa de lienzo basto, un pantalón que le llegaba a la rodilla y un enorme sombrero de paja. Podía vivir con la misma ropa por años. Su alimentación consistía en pedazos de carne fresca o salada, asada en un palo sobre fuego abierto. Cuando tenía suerte mejoraba su ración con plátano o yuca. Sus enemigos eran las fieras, las serpientes, los caños profundos y los tremedales que se tragaban hombres y bestias. Perdido en la inmensidad, viendo el mismo paisaje, bajo un sol de fuego, durmiendo en el suelo o en un chinchorro suspendido entre dos árboles, cubierto tan solo por un cielo tachonado de estrellas, viviendo en peligro constante y luchando contra una naturaleza indomable y en medio de un paisaje anonadante, el llanero era un ser diferente. El peligro permanente lo había hecho valiente y aguerrido.

A estos hombres, cuya felicidad consistía en arrear su ganado, los sacó de sus ocupaciones habituales la guerra de emancipación. Lucharon por España y contra ella dependiendo de que su líder se llamara José Tomás Boves o José Antonio Páez. En pos de ellos iban con audacia y con dureza, atacando de manera desordenada, sistema que muy pocas tropas disciplinadas podían resistir. Cuando se convirtieron en soldados pasaron de víctimas a victimarios. Aprendieron a matar y este arte les fascinó. Entonces fueron los mejores soldados de la Independencia.

En julio de 1816, una junta reunida en Arauca, último pueblo de la Nueva Granada en los confines de la Venezuela, se acordó elegir al doctor Fernando Serrano, ex-gobernador de Pamplona, como presidente; para consejeros fueron nombrados los generales Manuel de Serviez y Rafael Urdaneta. Dos meses más tarde el teniente coronel José Antonio Páez y sus huestes llaneras depusieron a Santander.

Una de las primeras medidas adoptadas por Páez fue la de decretar que Fernando Serrano cesase en sus funciones como presidente y, acto seguido, se declaró investido de la suprema autoridad civil y militar. Organizó sus tropas en tres divisiones de caballería y nombró como jefes a: Rafael Urdaneta de la primera, Francisco de Paula

Santander de la segunda y Manuel de Serviez de la tercera.

El coronel Santander, en la ardua campaña del Apure y bajo el mando del coronel José Antonio Páez, continuó prestando sus servicios con distinción. Con extraordinario valor actuó en la acción del Yagual. Santander escribió posteriormente:

“ Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes; el que tenía vestido lo usaba, el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirir un vestido en el próximo encuentro con el enemigo. Habitados los llaneros a vivir con carne sola y a robustecerse sufriendo la lluvia, no temían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas; valerosos por complexión, ningún riesgo los intimidaba. De aquí puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros pasaron trabajos y privaciones apenas concebibles. El reclutamiento se hacía siempre general, de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado, así fue que en los combates del Yagual y Mucuritas tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres y niños, todos se alimentaban de una misma manera, con carne asada, sin sal y todos iban descalzos”.

El 2 de abril de 1817 Francisco de Paula Santander se reunió en la Villa de Pao con el Libertador Simón Bolívar, quien lo nombró Subjefe de Estado Mayor. Participó con honor en la campaña de 1818 en Venezuela y salvó la vida del general Bolívar en el Rincón de los Toros.

Bolívar buscó cuidadosamente el candidato ideal para reorganizar las fuerzas patriotas dispersas en Casanare y para ello, con indudable acierto, escogió al general Francisco de Paula Santander. Era una difícilísima misión. Así escribió O'leary: “La elección de este jefe fue materia de seria consideración. Primero pensó en uno, luego en otro, y al fin fijó su atención en Francisco de Paula Santander, ascendido ya a general de brigada por sus servicios, no solo en su país sino en la reciente campaña de Venezuela. Natural de la Nueva Granada, abrazó Santander desde los albores de la Revolución la carrera de las armas y mereció la confianza de los que la rigieron después de su transformación política. Joven entusiasta y ambicioso, era de todos los granadinos que se hallaban en el cuartel general el más idóneo para desempeñar el puesto a que Bolívar lo destinaba. Gran conocedor de los hombres no se equivocó en la elección”.

militares que se desarrollaban en la provincia de Casanare. En efecto, los jefes de las diferentes partidas republicanas estaban divididos por rivalidades pueriles. El primer paso fue lograr que se sometieran a la autoridad de Santander los coroneles Juan Nepomuceno Moreno, Antonio Arredondo, Ramón Nonato Pérez y Juan Galea, con lo cual cesó la primera discordia, causa principal de la agitación reinante en la provincia. Los problemas de Casanare desaparecieron como por encanto ante la constancia y organización del general Santander, hasta el punto de que logró reagrupar las diferentes facciones bajo su mando.

En 1819 las fuerzas españolas al mando del coronel José María Barreiro invadieron a Casanare. Santander no presentó batalla frontal al enemigo y logro desgastarlo usando la táctica de la guerra de guerrillas.

La historiadora Jane M. Raush escribió: "Fue un revés desmoralizador para los españoles. Barreiro perdió entre doscientos y trescientos hombres y casi todos sus caballos. Durante la expedición de quince días, no recibió ayuda de ninguno de los habitantes de los Llanos.

Observó la disciplina del ejército de Santander y se dio cuenta de que sus hombres no podían sobrevivir en el llano abierto. El 15 de abril le escribió a Morillo: "El llano es desolado y no creo que podamos obtener su pacificación; en mi opinión está totalmente perdido. Todos sus habitantes son nuestros decididos enemigos". Para Santander, la campaña no podía haber sido más satisfactoria. Sus oficiales lo habían urgido para que atacara, pero recordando el ejemplo de Páez en Apure, calmó a los fogosos e insistió en emprender la retirada.

Como resultado, la misma inmensidad de las llanuras había vencido a los realistas, mientras que los patriotas salieron ilesos. Bolívar tenía ahora la prueba de que los neogranadinos podían vencer a los españoles".

Desde su cuartel en general en La Palma, el 29 de abril de 1819, escribió Santander a Bolívar: "La justicia exige que yo manifieste a Vuestra Excelencia y al mundo el interés y entusiasmo de los habitantes de Casanare por su independencia. Todos han venido al ejército sin ser llamados, y desertores antiguos que no se habían presentado a favor de los indultos han aparecido con la invasión de los enemigos. Las poblaciones han sido abandonadas absolutamente, y ni una sola persona ha estado entre ellos. Casanare es digna de la libertad que ha comprado a bien caro precio".

En mayo de 1.819, el General Simón Bolívar emprendió

encuentro entre Bolívar y Santander se realizó e población de Tame, llamada desde entonces "cuna de la libertad".

El General Santander al mando de la división Vanguardia inició la marcha del ejército libertador tomando la ruta que trasmonta la cordillera Oriental de los Andes. O'Leary anotó en sus memorias: "el 2 de mayo la vanguardia dispersó una fuerza realista de 300 hombres ventajosamente apostada frente a Paya, pueblo de la cordillera. Esta formidable posición pudo cerrar el paso al ejército, el destacamento realista era más que suficiente para defenderla contra 6.000 hombres, pero la timidez del comandante español salvó al ejército y dejó a Bolívar libre el camino de la Nueva Granada".

Finalmente después de infinitos sufrimientos la vanguardia con Santander a la cabeza, acampó en Socha, pueblo ubicado al descender la montaña en la provincia de Tunja. Atrás habían quedado innumerables soldados muertos y todos los caballos. Al mirar a la espalda y contemplar las cimas heladas que acababa de cruzar, los hombres juraron morir luchado antes que volver a enfrentarse a la montaña.

Por la brillante actuación en la campaña que culminó en la Batalla de Boyacá, Francisco de Paula Santander recibió su ascenso a General de División.

En la Batalla de Boyacá culminó la brillante actuación militar de Francisco de Paula Santander con las armas de la República. Ciertamente había contribuido de manera decisiva, desde aquella lejana fecha en que había ingresado como cadete dentro de las filas revolucionarias, no solo a salvar y rehacer el ejército libertador en las llanuras del Casanare sino a tomar decisiones estratégicas cruciales, hasta llegar a contribuir con su propia capacidad a definir la victoria sobre el Puente de Boyacá.

Santander vivió en las amplias llanuras de la Nueva Granada y Venezuela durante tres años. Jamás olvidó esta región ilímite, surcada por grandes ríos, de vienes y soles, de bosques poblados de garzas reales, de paisajes esplendorosos, de potros salvajes, de fauna múltiple de pájaros multicolores y de hermosos atardeceres. Pero ante todo, tierra de hombres y mujeres recios y libres.

Aquí cabe citar a Cervantes cuando escribe en la parte II del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha: "por la libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no puede igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el metal que encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede morir y se debe aventurar la vida".